



CAPÍTULO II

QUE TRATA DE LA PRIMERA SALIDA DE SU TIERRA QUE HIZO EL INGENIOSO DON QUIJOTE

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo para poner en práctica su pensamiento, acuciándole la falta que pensaba que cometía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que corregir y deudas que satisfacer.

Y así, sin dar parte de su intención a ninguna persona y sin que nadie le viese, una mañana, antes de hacerse de día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó con todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su escudo, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Pero apenas se vio en el campo, le asaltó un pensamiento tan terrible, que estuvo a punto de dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que no se había armado caballero y que, conforme a ley de caballería, ni podía ni debía cruzar armas con ningún caballero; y aunque ya lo fuese, como caballero novel tendría que llevar armas blancas, sin divisa en el escudo, hasta ganarla por su esfuerzo.

Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; pero pudiendo más su locura que ninguna otra razón, se propuso hacerse armar caballero por el primero que topase, a imitación de otros muchos que lo hicieron así, según había leído él en los libros que lo traían loco. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas en cuanto pudiese de tal manera, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se aquietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que quería su caballo, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo:

—Quién duda que en los venideros tiempos, cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos, el sabio mago

que los escriba no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, de esta manera: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintones pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora que, dejando la blanda cama del celoso marido, se mostraba por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel».

Y en verdad por él caminaba. Y añadió:

—¡Dichosa edad y dichoso siglo aquel en el que salgan a la luz las famosas hazañas mías, dignas de tallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro! ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar ser el cronista de esta inaudita historia!, te ruego que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y veredas.

Y acto seguido volvía a decir, como si verdaderamente estuviese enamorado:

—¡Oh princesa Dulcinea, señora de este cautivo corazón! Mucho agravio me habéis fecho al despedirme y reprocharme con la rigurosa obstinación de mandarme no aparecer ante la vuestra ferrosura. ¡Complázcaos, señora, acordaros de este vuestro esclavo corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece!

Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que le habían enseñado sus libros, imitando cuanto podía su lenguaje. Con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan de prisa y con tanto ardor, que habría sido suficiente para derretirle los sesos, si tuviera alguno.

Caminó casi todo aquel día sin acontecerle cosa digna de ser contada, de lo cual se desesperaba, porque estaba deseando topar cuanto antes con quien probar el valor de su fuerte brazo.

Autores hay que dicen que la primera aventura que le sucedió fue la de Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y, al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y

muertos de hambre, y que, mirando a todas partes por ver si descubría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse y donde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vio no lejos del camino por donde iba una venta, que fue como si viera una estrella que le encaminara, no a los portales, sino a los alcázares de su redención. Se dio prisa en caminar, y llegó a ella al tiempo que anoecía.

Estaban casualmente en la puerta dos mujeres mozas, de estas que llaman de la vida, que iban a Sevilla con unos arrieros que acertaron a hacer una parada en la venta aquella noche, y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía estar hecho y pasar tal y como lo había leído, en cuanto vio la venta se le figuró que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadizo y hondo foso, con todas las demás cosas que suelen tener esos castillos.

Se fue llegando a la venta que a él le parecía castillo, y a poco trecho de ella tiró de las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señales con una trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vio que tardaban y que Rocinante se daba prisa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta y vio a las dos distraídas mozas que estaban allí, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que se estaban solazando delante de la puerta del castillo.

En esto quiso la suerte que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdón así se llaman) tocó el cuerno con cuya señal se recogen ellos, y al instante se le figuró a don Quijote lo que estaba deseando, que algún enano avisaba de su llegada; y así, con extraordinario contento, llegó a la venta y a las damas, quienes al ver venir a un hombre armado de aquella suerte, con lanza y escudo, corrieron a meterse en la venta llenas de miedo; pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, se alzó la visera de cartón y descubrió su seco y polvoriento rostro, y con gentil talante y voz reposada les dijo:

—Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno, pues a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facérselo a ninguno, y menos aún a tan nobles doncellas como vuestro aspecto demuestra.

Le miraron las mozas y andaban con los ojos buscándole el rostro, que le encubría la mala visera; pero al oír que las llamaba doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron contener la risa, de manera que don Quijote se irritó y acertó a decirles:

—Bien sienta la discreción en las hermosas, pero es mucha sandez y está de más la risa que procede de leve causa; y non vos lo digo por que os aflijáis ni mostréis mal talante, que el mío non es otro que el de serviros.

Este lenguaje, no entendido por las señoras, y el mal aspecto de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y habría pasado a mayores si no hubiera salido en ese momento el ventero, hombre que por ser muy gordo, era muy pacífico; y viendo aquella extraña figura armada con armas tan desiguales como eran la brida, lanza, escudo y coselete, estuvo a un tris de acompañar a las doncellas en las muestras de su contento. Pero, en fin, por temor a tantos y tan aparatosos pertrechos, decidió hablarle comedidamente:

—Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, aparte del lecho, porque en esta venta no hay ninguno, todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza, que eso le parecieron a él el ventero y la venta, respondió:

—Para mí, señor castellano, cualquier cosa basta, porque «mis arreos son las armas, mi descanso el pelear», etc.

Pensó el ventero que el haberle llamado castellano había sido por parecerle de los honrados de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que uno de esos pajes resabiados que se las saben todas; y así, le respondió:

—Según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre velar; y siendo así, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.

Y diciendo esto fue a sujetar el estribo a don Quijote, que se apeó con mucha dificultad y trabajo, como quien había ayunado todo el día.

Dijo luego al ventero que cuidase mucho de su caballo, porque era la mejor bestia comiendo pan en el mundo. Lo miró el ventero, y no le pareció tan bueno como decía don Quijote, ni aun la

mitad; y tras acomodarlo en la caballeriza, volvió a ver lo que mandaba su huésped, al que estaban desarmando las doncellas, ya reconciliadas con él; y aunque le habían quitado el peto y el espaldar, no supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes que era menester cortar, por no poderse deshacer los nudos; pero él no lo quiso consentir de ninguna manera, y así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pueda imaginar; y al desarmarlo, como él se imaginaba que aquellas trasteadas mozas que le quitaban la armadura eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

—Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera don Quijote
cuando de su aldea vino:
doncellas cuidaban de él;
princesas, de su rocín

o Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; que aunque no hubiese querido descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la necesidad de acomodarse en las presentes circunstancias este romance viejo de Lanzarote ha sido la causa de que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de servirlos.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

—Cualquiera yantaría yo —respondió don Quijote—, porque, a mi entender, me vendría muy al caso.

Casualmente, acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta más que unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo y en otras truchuela. Le preguntaron si por ventura comería su merced truchuela, porque no había otro pescado que darle para comer.

—Con tal que haya muchas truchuelas —respondió don Quijote—, valdrán por una trucha, porque me da igual que me den ocho

reales sueltos o en una pieza de a ocho; sin contar que podría ser que esas truchuelas fuesen como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero sea lo que fuere, venga rápido, que el trabajo y peso de las armas no se puede sobrellevar sin el gobierno de las tripas.

Le pusieron la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y el ventero le trajo una porción del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era cosa de mucha risa verlo comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si alguien no se lo daba y ponía; y así, una de aquellas señoras servía para este menester. Pero al ir a darle de beber, no fue posible, ni lo hubiese sido si el ventero no hubiera horadado una caña, y, puesto un extremo en la boca, le iba echando el vino por el otro. Y todo esto lo sufría con paciencia, con tal de no romper las cintas de la celada.

Estando en esto, llegó casualmente a la venta un castrador de puercos, y nada más llegar, hizo sonar su silbato de cañas cuatro o cinco veces, con lo cual don Quijote acabó de confirmar que estaba en algún famoso castillo y que le servían con música y que el abadejo eran truchas, el pan candeal y las ramerías damas y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Pero lo que más le afligía era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.

CAPÍTULO III

*DONDE SE CUENTA LA GRACIOSA MANERA QUE TUVO
DON QUIJOTE DE ARMARSE CABALLERO*

Y así, fatigado por este pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena; y acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que quiero pedirle, que redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.

El ventero, que vio a su huésped a sus pies y oyó semejantes palabras, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacer ni decirle, y porfiaba con él para que se levantara; pero no quiso, hasta que le tuvo que decir que él le otorgaba el don que le pedía.

—No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío —respondió don Quijote—, y así os digo que el don que os he pedido y que me ha sido otorgado por vuestra generosidad es que mañana sin falta me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla de este vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder ir como se debe a los cuatro puntos cardinales buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, asunto a cargo de la caballería y de los caballeros andantes como yo, cuyo deseo está inclinado a semejantes fazañas.

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de convencerse cuando acabó de oírle semejantes razones, y por tener con qué reír aquella noche, decidió seguirle la corriente. Y así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía, y que su propósito era propio y natural de un caballero tan principal como lo parecía él y como mostraba su gallarda presencia; y que él mismo, en los años de su mocedad, se había dado igualmente a aquella honrosa vida, andando por diversas partes del mundo en busca de aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlú-

car, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes en las que había ejercitado la ligereza de sus pies y la sutileza de sus manos, haciendo muchos entuertos, requebrando a muchas viudas, deshaciendo a algunas doncellas y engañando a algunos párvulos, y, finalmente, dándose a conocer en cuantas audiencias y tribunales hay en casi toda España; y que, a lo último, había venido a retirarse a aquel castillo suyo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, acogiendo en él a todos los caballeros andantes, de cualquier calidad y condición, sólo por el mucho aprecio que les tenía y para que compartiesen con él sus dineros, en pago de su buen deseo.

Le dijo también que en aquel castillo suyo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque la habían derribado para hacerla de nuevo, pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar en cualquier parte, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo, y que por la mañana, Dios mediante, se harían las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no se pudiera serlo más en el mundo.

Le preguntó si traía dineros; respondió don Quijote que estaba sin blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba; que aunque en las historias no estaba escrito, por haberles parecido a los autores de ellas que no era menester escribir cosas tan claras y necesarias de llevar como dineros y camisas limpias, no por eso había que creer que no las llevaran; de modo que podía tener por seguro que todos los caballeros andantes, de los que están llenos y atestados tantos libros, llevaban bien provistas las bolsas, por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas, y una arqueta pequeña llena de unguentos para curar las heridas que recibían, porque no siempre había quien los curase en los campos y desiertos donde peleaban y salían heridos, a menos que tuviesen algún sabio encantador por amigo, que entonces los socorría, trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella o enano con una redoma de agua milagrosa, que probando sólo una gota de ella quedaban sanos de sus llagas y heridas al momento, como si no hubiesen tenido mal alguno; pero que, mientras les faltaba esto, los antiguos caballeros tuvieron por cosa acertada que sus escuderos viniesen provistos de dineros y

de otras cosas necesarias, como vendas y ungüentos para curarse; y si sucedía que esos caballeros no tenían escuderos —lo que pasaba pocas y raras veces—, ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy discretas, que casi ni se veían, a las ancas del caballo, como si fuese algo de más importancia, porque, no siendo para una ocasión semejante, esto de llevar alforjas no estaba muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba ese consejo (como se lo hubiese dado a su ahijado, tal y como él iba a serlo muy pronto), a saber, que no viajase de allí en adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería, sin darse apenas cuenta, lo bien que se iba a encontrar con ellas.

Le prometió don Quijote hacer con toda puntualidad lo que se le aconsejaba. Y así, se dio orden de inmediato de que velase las armas en un corral grande que estaba a un lado de la venta, y recogiénolas don Quijote todas, las puso sobre una pila que estaba junto a un pozo y, embrazando su escudo, asió su lanza y con gentil apostura comenzó a pasearse delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche.

Contó el ventero a todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la ceremonia de armarle caballero que esperaba. Se admiraron de tan extraño género de locura y se fueron a mirarlo desde lejos, y vieron que unas veces se paseaba con sosegado ademán, y otras, apoyado en su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos de ellas durante un buen rato.

Acabó de cerrarse la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el sol que se la prestaba, de manera que todos podían ver claramente cuanto el novel caballero hacía. Se le antojó en esto a uno de los arrieros que estaban en la venta ir a dar agua a su recua, y fue menester quitar de la pila las armas de don Quijote, quien viéndolo llegar, le dijo en voz alta:

—¡Eh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que vienes a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada! ¡Mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento!

No hizo caso el arriero de estas advertencias (y habría sido mejor que se lo hubiera hecho, porque se hubiese curado en salud), al contrario, trabando las armas por las correas, las arrojó lejos de sí. Al ver esto don Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento —o eso pareció— en su señora Dulcinea, dijo:

—Socorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me falte en este primer trance vuestro favor y amparo.

Y diciendo estas y otras razones semejantes, soltó el escudo, alzó la lanza a dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que lo derribó en el suelo tan maltrecho, que, de haber recibido otro más, no habría necesitado médico que lo curara. Hecho esto, recogió sus armas y tornó a pasearse con el mismo reposo que antes. De allí a un rato, y sin saber lo que había pasado —porque aún estaba aturdido el arriero—, llegó otro con la misma intención de dar agua a sus mulos; y al ir a quitar las armas para dejar libre la pila, don Quijote, sin hablar ni pedir favor a nadie, soltó otra vez el escudo y alzó otra vez la lanza, y, sin hacerla pedazos, rompió en más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quijote, embrazó su escudo, y echando mano a su espada dijo:

—¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío!, ahora es tiempo de que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero, que está esperando tan gran aventura.

Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo, que aunque lo hubiesen acometido todos los arrieros del mundo, no habría dado un paso atrás. Los compañeros de los heridos, viéndolos de esa guisa, comenzaron desde lejos a llover piedras sobre don Quijote, quien se protegía lo mejor que podía con su escudo y no osaba apartarse de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daba voces de que lo dejasen, porque ya les había dicho que estaba loco, y que por loco se libraría, aunque los matase a todos. También don Quijote les daba, mayores, tachándolos de alevosos y traidores, y al señor del castillo de felón y mal nacido caballero, pues consentía que se tratase a los andantes caballeros de tal manera; y que si él hubiera recibido ya la orden de caballería, le daría a entender su alevosía:

—Pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso ninguno: tirad, llegad, venid y atacadme cuanto podáis, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y osadía.

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que lo acometían; y tanto por esto como por las per-

suasiones del ventero, dejaron de tirarle, y él dejó retirar a los heridos y tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que antes.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la maldita orden de caballería inmediatamente, antes que sucediese otra desgracia. Y así, llegándose a él, se disculpó de la insolencia que aquella gente baja, y a sus espaldas, había usado con él, pero que bien castigados quedaban por su atrevimiento. Le dijo que, como ya le había dicho, en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba por hacer tampoco era necesaria, que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y el espaldarazo, según tenía él noticia del ceremonial de la orden, y que eso se podía hacer en mitad de un campo, y que en lo que tocaba a velar las armas ya había cumplido, que sólo con dos horas de vela se cumplía, cuanto más con las más de cuatro que él había estado. Todo se lo creyó don Quijote, y le dijo que él estaba allí dispuesto a obedecerle, y que concluyese a la mayor brevedad posible, porque como lo acometiesen de nuevo después de ser armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, excepto aquellas que él le mandase, a las que dejaría por respeto a él.

Advertido y medroso de esto el castellano, trajo entonces un libro donde hacía el asiento de la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se llegó adonde estaba don Quijote, a quien mandó hincarse de rodillas. Y leyendo en su devocionario, haciendo como que decía alguna devota oración, en mitad de la lectura alzó la mano y le dio sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, y ella lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, aunque fue menester no poca para no reventar de risa a cada punto de la ceremonia; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenían la risa a raya. Al ceñirle la espada, dijo la buena señora:

—Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, para saber de allí en adelante a quién quedaba obligado por la merced recibida, porque

pensaba tenerla informada de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un zapatero remendón natural de Toledo, que vivía en las tendillas de Sancho Bienaya, y que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por caridad, le hiciese la merced de que de allí en adelante se pusiese el doña y se llamase doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, y tuvo con ella casi el mismo coloquio que con la de la espada. Le preguntó su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera; y a ella también le rogó don Quijote que se pusiese el doña y se llamase doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, al galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quijote de verse a caballo y salir buscando las aventuras, y ensillando sin más dilación a Rocinante, subió en él, y abrazando a su huésped, le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberlo armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verlo ya fuera de la venta, respondió a las suyas con no menos retóricas, aunque con más breves palabras. Y sin pedirle el gasto de la posada, lo dejó ir en buena hora.

CAPÍTULO IV

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A NUESTRO CABALLERO CUANDO SALIÓ DE LA VENTA

La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Pero viniéndole a la memoria los consejos de su anfitrión acerca de las provisiones tan necesarias que tenía que llevar consigo, en especial dineros y camisas, determinó volver a su casa y proveerse de todo, y de un escudero, pensando en contratar a un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy a propósito para el oficio escuderial de la caballería. Con este pensamiento guió hacia su aldea a Rocinante, que, casi conociendo la querencia, comenzó a caminar con tanta gana, que parecía que no ponía los pies en el suelo.

No había andado mucho cuando le pareció que a mano derecha, de la espesura de un bosque que había allí, salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oído, dijo:

—Gracias doy al cielo por la merced que me hace, poniéndome tan pronto ocasiones delante para que yo pueda cumplir con lo que debo a mi profesión y donde pueda recoger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces, sin duda, son de algún menesteroso o menesterosa que ha menester mi favor y ayuda.

Y, volviendo las riendas, encaminó a Rocinante hacia donde le pareció que salían las voces, y, a pocos pasos que entró por el bosque, vio atada una yegua a una encina, y atado en otra a un muchacho de unos quince años, desnudo de medio cuerpo arriba, que era el que daba las voces, y no sin causa, porque le estaba dando con una correa muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote lo acompañaba con una reprensión y consejo. Porque decía:

—La lengua quieta y mucha vista.

Y el muchacho respondía:

—No volveré a hacerlo, señor mío; por la pasión de Dios que no volveré a hacerlo, y prometo que de aquí en adelante tendré más cuidado con el rebaño.

Y viendo don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo:

—Descortés caballero, no está bien tomarla con quien no se puede defender; subid a vuestro caballo y tomad vuestra lanza —pues también tenía una lanza arrimada a la encina donde estaba atada la yegua—, que yo os haré ver que lo que estáis haciendo es de cobardes.

El labrador, que vio que se le echaba encima aquella figura llena de armas blandiendo la lanza sobre su rostro, se tuvo por muerto, y con buenas palabras respondió:

—Señor caballero, este muchacho al que estoy castigando es mi criado, y me sirve guardando una manada de ovejas que tengo en estos contornos, pero es tan descuidado, que cada día me falta una; y porque castigo su descuido, o bellaquería, dice que lo hago por tacaño, para no pagarle la soldada que le debo, y por Dios y por mi alma que miente.

—¿Cómo que miente, delante de mí, ruin villano? —dijo don Quijote—. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte a parte con esta lanza. Pagadle inmediatamente sin más réplica. Si no, por el Dios que nos rige, que voy a conclueros y aniquilaros en este mismo instante. ¡Desatadlo ya!

El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra desató a su criado, al que don Quijote preguntó cuánto le debía su amo. Él dijo que nueve meses, a siete reales cada mes. Hizo la cuenta don Quijote y halló que montaban sesentaitrés reales, y le dijo al labrador que al momento los desembolsase, si no quería morir por ello. Respondió el medroso villano que pese al aprieto en que estaba y al juramento que había hecho —y aún no había jurado nada—, no eran tantos, porque había que descontarle y cargarle a cuenta tres pares de zapatos que le había dado, y un real por dos sangrías que le habían hecho cuando estuvo enfermo.

—Bien está todo eso —replicó don Quijote—, pero los zapatos y las sangrías vayan por los azotes que le habéis dado sin culpa. Pues si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagasteis, vos le habéis roto el de su cuerpo, y si el barbero le sacó sangre cuando estaba enfermo, vos se la habéis sacado cuando sano. Así que por esta parte no os debe nada.

—Lo malo es, señor caballero, que no tengo aquí dineros: vén-gase Andrés conmigo a mi casa, que yo le pagaré un real tras otro.

—¿Irme yo con él? —dijo el muchacho—. ¡De ninguna manera!

No señor, ni por pienso, porque en cuanto se vea solo me desollará como a un San Bartolomé.

—No hará eso —replicó don Quijote—: basta que yo se lo mande, para que lo acate; y con tal que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, lo dejaré ir libre y aseguraré la paga.

—Mire vuestra merced, señor, lo que está diciendo —dijo el muchacho—, que mi amo no es caballero, ni ha recibido orden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino de Quintanar.

—Poco importa eso —respondió don Quijote—, que puede haber Haldudos caballeros; además, cada uno es hijo de sus obras.

—Es verdad —dijo Andrés—, pero este amo mío ¿de qué obras es hijo, negándome mi soldada y mi sudor y trabajo?

—No los niego, hermano Andrés —respondió el labrador—, pero dadme el gusto de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes de caballerías que hay en el mundo pagaros, como tengo dicho, un real detrás de otro, y aun perfumados.

—Del perfume os eximo —dijo don Quijote—: dádselos en reales, que con eso me contento; y más os vale cumplirlo como lo habéis jurado: si no, por el mismo juramento os juro que volveré a buscaros y a castigaros, y aunque os escondáis más que una lagartija, acabaré encontrándoos. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar más formalmente obligado a cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones, y quedad con Dios, y no se os aparte de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pena pronunciada.

Y, diciendo esto, picó a su Rocinante y en un momento se apartó de ellos. Lo siguió el labrador con los ojos, y, cuando vio que había traspuesto el bosque y que ya no se le veía, se volvió a su criado Andrés y le dijo:

—Venid acá, hijo mío, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel desfacedor de agravios me dejó mandado.

—Voto por eso —dijo Andrés—. ¡Y qué acertado andaré vuestra merced en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva! Que, según es de valeroso y de buen juez, vive Roque que si no me paga, volveré y ejecutará lo que dijo.

—También yo voto por eso —dijo el labrador—. Pero, por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga.

Y asíéndolo del brazo, lo tornó a atar a la encina, donde le dio tantos azotes, que lo dejó por muerto.

—Llamad, señor Andrés, ahora —decía el labrador— al desfacedor de agravios: veréis cómo no desface este; aunque creo que no está acabado de hacer, porque me vienen ganas de desollaros vivo, como vos temíais.

Pero al fin lo desató y le dio licencia para que fuese a buscar a su juez, y que este ejecutase la pronunciada sentencia. Andrés se partió no poco dolido, jurando ir a buscar al valeroso don Quijote de la Mancha y contarle punto por punto lo que había pasado, y que se las iba a pagar con creces. Pero, con todo, él se partió llorando y su amo se quedó riendo.

Así fue como deshizo el agravio el valeroso don Quijote, quien contentísimo de lo sucedido y pareciéndole que había dado felicísimo y alto comienzo a sus caballerías, iba caminando hacia su aldea con gran satisfacción de sí mismo, diciendo a media voz:

—Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas viven hoy en la tierra, ¡oh, sobre las bellas bella, Dulcinea del Toboso!, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido a toda tu voluntad y talante a un tan valiente y renombrado caballero como lo es y será don Quijote de la Mancha. Él, como todo el mundo sabe, recibió ayer la orden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor entuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano a aquel despiadado enemigo que vapuleaba tan sin ton ni son a aquel delicado infante.

En esto llegó a un camino que se dividía en cuatro, y se le vinieron de inmediato a la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían a pensar qué camino de aquellos tomarían; y por imitarlos, estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo pensado muy bien soltó la rienda a Rocinante, dejando su voluntad a la del rocín, que siguió su primer impulso: irse camino de su caballeriza.

Y habiendo andado como dos millas, descubrió don Quijote un gran tropel de gente, que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia. Eran seis, y venían con sus quitasoles, con otros cuatro criados a caballo y tres mozos de mulas a pie. Apenas los divisó don Quijote, cuando se imaginó que era una nueva aventura. Y por imitar en todo cuanto a él le parecía posible los pasos que había leído en sus libros, le pareció oportunísimo uno que pensaba hacer. Y así, con gentil apostura y denuedo, se afirmó bien en los estribos, apretó

la lanza, pegó el escudo al pecho y, puesto en mitad del camino, estuvo esperando a que llegasen aquellos caballeros andantes, que ya él por tales los tenía y juzgaba; y cuando llegaron a una distancia que permitía verlos y oírlos, levantó don Quijote la voz y con ademán arrogante dijo:

—¡Alto todo el mundo, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso!

Se pararon los mercaderes al son de estas palabras, y para ver la extraña figura del que las decía; y por la figura y por las palabras advirtieron de inmediato la locura de su dueño, pero quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesión que se les pedía, y uno de ellos, que era un poco burlón y muy mucho ocurrente, le dijo:

—Señor caballero, nosotros no conocemos quién es esa buena señora que decís; mostrádnosla, que si ella es de tanta hermosura como dais a entender, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por vuestra parte nos es pedida.

—Si os la mostrara —replicó don Quijote—, ¿qué haríais vosotros confesando una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender. Y si no, ¡conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia! Y ya ven-gáis ahora de uno en uno, como pide la orden de caballería, o todos juntos, como es costumbre y mala usanza en los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razón que tengo de mi parte.

—Señor caballero —replicó el mercader—, suplico a vuestra merced, en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que para no cargar nuestras conciencias confesando una cosa jamás vista ni oída por nosotros, y tan en perjuicio de las emperatrices y reinas de la Alcarria y la Extremadura, tenga a bien mostrarnos vuesa merced algún retrato de esa señora, aunque sea del tamaño de un grano de trigo; que por el hilo se sacará el ovillo y quedaremos con esto satisfechos y nuestras conciencias tranquilas, y vuestra merced quedará contento y satisfecho; y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro supura minio y azufre, con todo, diremos en su favor, por complaceros, todo lo que vuestra merced quiera.

—No le supura, canalla infame —respondió don Quijote encendido de cólera—, no le supura, digo, eso que decís, sino que le mana

ámbar y algalia entre algodones; y no está tuerta ni torcida ni corcovada, sino más derecha que un huso de Guadarrama. ¡Pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora!

Y diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hubiese hecho que Rocinante tropezara y cayera a mitad de camino, el atrevido mercader lo habría pasado mal. Cayó Rocinante, y fue rodando su amo un buen trecho por el campo; y al querer levantarse, no pudo de ningún modo: tal embarazo le causaban la lanza, escudo, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y mientras pugnaba por levantarse y no podía, decía:

—¡Non fuyáis, gente cobarde, gente inicua, esperad!, que estoy aquí tendido no por culpa mía, sino de mi caballo.

Un mozo de mulas de los que iban allí, que no debía de ser muy bienintencionado, habiendo oído decir al pobre caído tantas arrogancias, no pudo aguantar sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose a él, tomó la lanza, y después de hacerla pedazos, con uno de ellos comenzó a dar a nuestro don Quijote tantos palos, que, a despecho y pesar de sus armas, lo molió como a trigo. Sus amos le daban voces de que no le diese tanto y que lo dejase; pero estaba ya el mozo picado y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera; y yendo a por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que, pese a toda aquella tempestad de palos que llovía sobre él, no cerraba la boca, amenazando al cielo y a la tierra, y a los malandrines, que eso le parecían.

Se cansó el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar a todo lo largo de él lo del pobre apaleado. Este, cuando se vio solo, tornó a probar si podía levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando estaba sano y bueno, ¿cómo lo haría molido y casi deshecho? Y casi se tenía por dichoso, pareciéndole que aquella desgracia era propia de caballeros andantes, y le echaba toda la culpa a su caballo. Y no era posible levantarse, según tenía magullado todo el cuerpo.

CAPÍTULO V

DONDE SE PROSIGUE LA NARRACIÓN
DE LA DESGRACIA DE NUESTRO CABALLERO

Viendo pues que, en efecto, no podía menearse, decidió acogerse a su acostumbrado remedio, que era pensar en algún pasaje de sus libros, y le llevó su locura al recuerdo aquel de Valdovinos y del marqués de Mantua, cuando Carloto lo dejó herido en la espesura, historia sabida hasta por los niños, no ignorada por los mozos, celebrada y aun creída por los viejos, y, con todo, no más verdadera que los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció a él que le venía de molde para el lance en que se hallaba, y así, con grandes muestras de dolor, comenzó a revolcarse por la tierra y a decir con debilitado aliento lo mismo que dicen que decía el herido caballero del bosque:

¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
o eres falsa y desleal.

Y de esta manera fue prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

¡Oh noble marqués de Mantua,
mi tío y señor carnal!

Y quiso la suerte que cuando llegó a este verso, acertó a pasar por allí un labrador de su mismo pueblo y vecino suyo, que venía de llevar una carga de trigo al molino; viendo a aquel hombre allí tendido, se llegó a él y le preguntó quién era y qué mal sentía, que tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyó sin duda que aquel era el marqués de Mantua, su tío, y así, no le respondió nada y prosiguió con su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperador con su esposa, todo tal y como lo canta el romance.

El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos, de los palos, le lim-

pió el rostro, que lo tenía cubierto de polvo; y apenas lo hubo limpiado, cuando lo reconoció y le dijo:

—Señor Quijana —que así se debía de llamar cuando tenía juicio y no había pasado de hidalgo sosegado a caballero andante—, ¿quién le ha puesto de esta suerte a vuestra merced?

Pero él seguía con su romance a cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, le quitó lo mejor que pudo el peto y espaldar, para ver si tenía alguna herida, pero no vio sangre ni señal alguna. Procuró levantarlo del suelo, y con no poco trabajo lo subió sobre su jumento, por parecerle una caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y las lió sobre Rocinante, al que tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hacia su pueblo, oyendo muy pensativo los disparates que don Quijote decía; y no menos iba don Quijote, que de puro molido y quebrantado no se podía sostener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponía en el cielo; de modo que de nuevo obligó al labrador a preguntarle qué mal sentía.

Y era como si el diablo le trajera a la memoria los cuentos acomodados a lo que le había sucedido; porque en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, lo prendió y llevó cautivo a su fortaleza. De suerte que cuando el labrador le volvió a preguntar cómo estaba y qué sentía, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo abencerraje respondía a Rodrigo de Narváez, tal y como él había leído la historia en *La Diana* de Jorge de Montemayor, donde está escrita; y se aprovechaba de ella tan a propósito, que al labrador se lo llevaban los demonios oyendo tal montón de necedades; y se dio cuenta de que su vecino estaba loco, y le metía prisa para llegar al pueblo, con tal de librarse del fastidio que le causaba don Quijote con su larga perorata.

—Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez —prosiguió don Quijote—, que esta hermosa Jarifa que he dicho es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballerías que se han visto, ven ni verán en el mundo.

—Mire vuestra merced, señor, ¡pecador de mí!, que yo no soy don Rodrigo de Narváez, ni el marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo señor Quijana.

—Yo sé quién soy—respondió don Quijote—, y sé que puedo ser, no sólo esos que he dicho, sino los Doce Pares de Francia, y aun todos los Nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías.

Con estas pláticas y otras semejantes llegaron al pueblo, a la hora que anochecía, pero el labrador aguardó a que fuese algo más de noche, para que no viesen al molido hidalgo en tan mala caballería. Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo, y en la casa de don Quijote, que halló toda alborotada; estaban en ella el cura y el barbero de la aldea, que eran grandes amigos de don Quijote, a los que estaba diciéndoles su ama a voces:

—¿Qué le parece a vuestra merced, señor licenciado Pero Pérez—que así se llamaba el cura—, de la desgracia de mi señor? Hace tres días que no aparece él, ni el rocín, ni el escudo, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! Estoy convencida, y esto es tan cierto como que nací para morir, que esos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer a todas horas le han volteado el juicio. Ahora me acuerdo de oírle decir muchas veces, hablando para sí, que quería hacerse caballero andante e irse a buscar las aventuras por esos mundos. ¡Encomendados sean a Satanás y a Barrabás esos libros!, que así han echado a perder el entendimiento más fino que había en toda la Mancha.

La sobrina decía lo mismo, y aún decía más:

—Sepa, señor maese Nicolás (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció a mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos, y echaba mano a la espada, y andaba a cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado, decía que había matado a cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las heridas que había recibido en la batalla, y se bebía después un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el mago Esquife, un gran encantador y amigo suyo. Pero la culpa de todo es mía, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que los remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes.

—Esto digo yo también—dijo el cura—, y desde luego que de mañana no pasa sin hacer con ellos juicio público, y condenarlos al fuego, para evitar que quien los lea acabe haciendo lo que mi buen amigo debe de haber hecho.

Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote, con lo que el labrador acabó de entender la enfermedad de su vecino; y así, comenzó a decir a voces:

—¡Abran vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor marqués de Mantua, que viene malferido, y al señor moro Abindarráz, al que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváz, alcaide de Antequera!

A estas voces salieron todos, y en cuanto vieron los unos a su amigo, las otras a su amo y tío, que aún no se había apeado del jumento, porque no podía, corrieron a abrazarlo. Él dijo:

—Conténganse todos, que vengo malferido, por culpa de mi caballo. Llévenme a mi lecho, y llámese, si fuere posible, a la maga Urganda, que cuide y examine mis heridas.

En este punto dijo el ama:

—¡Mira tú, enhoramala, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buena hora, que sin que venga esa *Hurgada* lo sabremos cuidar aquí. ¡Malditos, digo, sean una y cien veces esos libros de caballerías, que así le han puesto a vuestra merced!

Lo llevaron sin dilación a la cama, y examinándole las heridas, no le hallaron ninguna; y él dijo que todo era molimiento, por haberse dado una gran caída con Rocinante, su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los más desaforados y atrevidos que pudieran hallarse en gran parte de la tierra.

—¡Ta, ta!—dijo el cura—. ¿Hay jayanes en danza? ¡Por la señal de la Cruz que yo los quemaré mañana antes que llegue la noche!

Le hicieron a don Quijote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejaran dormir, que era lo que más le importaba. Se hizo así, y el cura se informó detalladamente por el labrador del modo que había hallado a don Quijote. Él se lo contó todo, con los disparates que había dicho al hallarlo y al traerlo. Y eso puso más deseo en el licenciado de hacer lo que al día siguiente hizo, que fue llamar a su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se llegó a casa de don Quijote.

CAPÍTULO VI

DEL DONOSO Y GRANDE ESCRUTINIO
QUE EL CURA Y EL BARBERO HICIERON EN LA BIBLIOTECA
DE NUESTRO INGENIOSO HIDALGO

Quien aún seguía durmiendo. Pidieron a la sobrina las llaves del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana. Entraron dentro todos, y el ama con ellos, y hallaron más de cien volúmenes grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y, en cuanto el ama los vio, se volvió a salir del aposento a toda prisa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo:

—Tome vuestra merced, señor cura: rocíe este aposento, no vaya a estar aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, como castigo por querer nosotros, echándolos de este mundo, devolverlos al infierno.

Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía ser que hallaran algunos que no mereciesen el castigo del fuego.

—No —dijo la sobrina—, no hay por qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores. Mejor será arrojarlos por la ventana al patio y hacer un rimero de ellos y pegarles fuego; y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no molestará el humo.

Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes. Pero el cura no se avino a ello sin leer primero siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le puso en las manos fue *Los cuatro de Amadís de Gaula*, y dijo el cura:

—Parece cosa de misterio esta, porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y los demás tomaron principio y origen de este; y así, me parece que, como a dogmatizador de una secta tan mala, lo debemos condenar al fuego sin excusa alguna.

—No señor —dijo el barbero—, que también he oído decir que

es el mejor de todos los libros que se han compuesto de este género; y así, como a único en su arte, se le debe perdonar.

—Muy cierto —dijo el cura—, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos ese otro que está junto a él.

—Es *Las proezas de Esplandián*, hijo legítimo de Amadís de Gaula —dijo el barbero.

—Pues en verdad que no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Tomad, señora ama, abrid esa ventana y echadlo al corral, y dé principio al montón de la hoguera que hay que hacer.

Lo hizo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fue volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

—Adelante —dijo el cura.

—Este que viene —dijo el barbero— es *Amadís de Grecia*, y aun todos los de este lado, según creo, son del mismo linaje de Amadís.

—Pues vayan todos al corral —dijo el cura—, que con tal de quemar a la reina Pintiquiniestra, y al pastor Darinel, y a sus églogas, y a las endiabladas y revueltas frases de su autor, quemaré con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

—De ese parecer soy yo —dijo el barbero.

—Y aun yo —añadió la sobrina.

—Pues si así es —dijo el ama—, vengan, y al corral con ellos.

Se los dieron, que eran muchos, y ella les ahorró la escalera y dio con ellos por la ventana abajo.

—¿Y ese tocho? —dijo el cura.

—Este es —respondió el barbero— *Don Olivante de Laura*.

—El autor de ese libro fue el mismo que escribió *Jardín de flores*, y la verdad es que no sabría decidir cuál de los dos libros es más verdadero o, por decir mejor, menos mentiroso; sólo sé decir que este irá al corral, por disparatado y arrogante.

—Este que se sigue es *Florismarte de Hircania* —dijo el barbero.

—¿Ahí está el señor Florismarte? —replicó el cura—. Pues desde luego que va a ir a parar pronto al corral, a pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no dan lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él, y con ese otro, señora ama.

—Con mucho gusto, señor mío —respondía ella; y con gran alegría ejecutaba lo que le era mandado.

—Este es *El caballero Platir* —dijo el barbero.

—Antiguo libro es ese, y no encuentro en él cosa que merezca venia. Acompañe a los demás sin réplica.

Y así fue hecho. Se abrió otro libro y vieron que tenía por título *El caballero de la Cruz*.

—Por nombre tan santo como tiene este libro, se podía perdonar su ignorancia; pero también se suele decir: tras la cruz está el diablo. Al fuego con él.

Tomando el barbero otro libro, dijo:

—Este es *Espejo de caballerías*.

—Ya lo conozco a su merced —dijo el cura—. Ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los Doce Pares, con el verdadero historiador Turpín, y en verdad que estoy por condenarlos no más que a destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte en la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto; y a este, si lo encuentro por aquí hablando en otra lengua que la suya, no le guardaré ningún respeto, pero si habla en su idioma, me quitaré el sombrero.

—Pues yo lo tengo en italiano —dijo el barbero—, pero no lo entiendo.

—Ni tampoco estaría bien que, con sus pasajes licenciosos, vos lo entendierais —respondió el cura—; y aquí tendríamos que perdonar a cierto capitán por traerlo a España y traducirlo al castellano, que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que quieran verter a otra lengua los libros de verso; que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que tienen ellos en su primer nacimiento. Digo, en efecto, que este libro y todos los que se encuentren tratando de estas cosas de Francia se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer con ellos, exceptuando a un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí, y a otro titulado *Roncesvalles*; que estos, llegando a mis manos, han de estar en las del ama, y de ellas en las del fuego, sin remisión alguna.

Todo lo confirmó el barbero y lo tuvo por bueno y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vio que era *Palmerín de Oliva*, y junto a él

estaba otro que se titulaba *Palmerín de Inglaterra*, que, vistos por el licenciado, le hicieron decir:

—Que ese olivo se haga de inmediato astillas y se quemé, que no queden de él ni las cenizas, y que esa palma de Inglaterra se guarde y se conserve como cosa única, y se haga para ello otra caja como la que halló Alejandro entre los despojos de Darío, que la eligió para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: una, porque él de por sí es muy bueno; y otra, porque es fama que lo compuso un gran rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de gran artificio; la escritura, cortesana y clara, guarda y mira la adecuación con el que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que este y *Amadís de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata, perezcan.

—No, señor compadre —replicó el barbero—, que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianís*.

—Pues ese —replicó el cura—, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar su demasiada cólera, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama y otras impertinencias de más importancia, para lo que se les da un largo plazo, y en cuanto se enmienden, así se usará con ellos de misericordia o de justicia; mientras tanto, tenedlos vos en vuestra casa, compadre, pero no los dejéis leer a nadie.

—Con mucho gusto.

Y sin querer cansarse más en mirar libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se lo dijo a tonta ni a sorda, sino a quien tenía más gana de quemarlos que de tejer una tela, por grande y delgada que fuera. Y agarrando casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana, pero por tomar muchos juntos, se le cayó uno a los pies del barbero, al que le entraron ganas de ver de quién era, y vio que decía *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*.

—¡Válgame Dios —dijo el cura, dando una gran voz—, si está aquí Tirante el Blanco! Dádmelo acá, compadre, que es como si hubiese hallado con él un tesoro de contento y una mina de esparcimiento. Aquí está don Quirieleisón de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Tirante hizo con el alano, y las

agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito, su escudero. Os aseguro, señor compadre, que por su estilo este es el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, y esas otras cosas de las que carecen todos los demás libros de este género. Con todo, os digo que merecía el que lo imprimió, aunque sus necedades no las hiciera a propósito, que lo echaran a galeras por todos los días de su vida. Llevadlo a casa y leedlo, y veréis que es verdad cuanto os he dicho de él.

—Así será —respondió el barbero—; ¿pero qué haremos de estos libros pequeños que quedan?

—Estos no deben de ser de caballerías, sino de poesía.

Y abriendo uno, vio que era *La Diana* de Jorge de Montemayor, y dijo, creyendo que todos los demás eran del mismo género:

—Estos no merecen ser quemados como los demás, porque son libros de entretenimiento sin perjuicio de terceros y no hacen ni harán el daño que han hecho los de caballerías.

—¡Ay, señor! —dijo la sobrina—, bien los puede mandar quemar vuestra merced como a los demás, porque no sería extraño que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballescaca, leyendo estos se le antojase hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza.

—Verdad dice esta doncella —dijo el cura—, y estará bien quitarle a nuestro amigo este tropiezo y ocasión de delante. Y pues comenzamos por *La Diana* de Montemayor, soy de la opinión que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y del agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele enhorabuena la prosa, y la honra de ser el primero de semejantes libros.

—Este que sigue —dijo el barbero— es *La Diana* llamada *Segunda* del Salmantino; y este, otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo.

—Pues la del Salmantino —respondió el cura— acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y continúe, señor compadre, y démonos prisa, que se va haciendo tarde.

—Este libro es —dijo el barbero abriendo otro— *Los diez libros de*

Fortuna de amor, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo.

—Por las órdenes que recibí —dijo el cura— que desde que Apolo fue Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, no se ha compuesto un libro tan gracioso ni tan disparatado como ese, y que en su estilo es el mejor y el más único de cuantos han salido a la luz del mundo de este género, y el que no lo ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmelo acá, compadre, que aprecio más haberlo hallado que si me hubieran dado una sotana de fino paño de Florencia.

Lo puso aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo:

—Estos que se siguen son *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares* y *Desengaños de celos*.

—Pues no hay más que hacer —dijo el cura— que entregarlos al brazo secular del ama, y no se me pregunte el porqué, que sería nunca acabar.

—Este que viene es *El Pastor de Fílida*.

—Ese no es pastor, sino muy distinguido cortesano: guárdese como joya preciosa.

—Este grande que aquí viene se titula *Tesoro de varias poesías*.

—Si no fueran tantas, serían más estimadas: es menester que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que tiene entre sus grandezas; guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto a otras obras más heroicas y levantadas que ha escrito.

—Este es el *Cancionero* de López Maldonado.

—También el autor de ese libro es gran amigo mío, y sus versos en su boca admiran a quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fue mucho; guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ese que está junto a él?

—*La Galatea* de Miguel de Cervantes —dijo el barbero.

—Muchos años hace que es gran amigo mío este Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada. Es menester esperar la segunda parte que ha prometido: quizá con la enmienda alcance del todo la misericordia que ahora se le niega; y en tanto se vea esto, tenedlo recluso en vuestra posada, señor compadre.

—Con mucho gusto. Y aquí vienen tres juntos: *La Araucana* de don Alonso de Ercilla, *La Austriada* de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y *El Monserrate* de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

—Estos tres libros son los mejores que se han escrito en verso heroico en lengua castellana, y pueden competir con los más famosos de Italia: guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

Se cansó el cura de ver más libros, y así, sin andarse con más miramientos, quiso que se quemasen todos los demás; pero ya tenía abierto uno el barbero, que se titulaba *Las lágrimas de Angélica*.

—Las habría llorado yo —dijo el cura oyendo el título— si hubiera mandado quemar ese libro, porque su autor fue uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fue felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.

CAPÍTULO VII

DE LA SEGUNDA SALIDA DE NUESTRO BUEN CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Estando en esto, comenzó a dar voces don Quijote, diciendo:

—¡Aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo!

Por acudir a este ruido y estruendo, no se siguió con el escrutinio de los libros que quedaban, y así, se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oídos *La Carolea* y *León de España*, con los hechos del Emperador, escritos por don Luis de Ávila, que sin duda debían de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los hubiese visto, no habrían pasado por tan rigurosa sentencia.

Cuando llegaron junto a don Quijote, él ya estaba levantado de la cama y proseguía con sus voces y sus desatinos, dando cuchilladas y reveses a todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Se abrazaron con él y lo devolvieron a la fuerza al lecho; y después que se hubo sosegado un poco, volviéndose a hablar con el cura le dijo:

—Por cierto, señor arzobispo Turpín, que es una gran mengua para los que nos llamamos Doce Pares dejar llevar tan sin más ni más la victoria de este torneo a los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado la estima en estos tres últimos días.

—Calle vuestra merced, señor compadre —dijo el cura—, que Dios tendrá a bien que la suerte se mude y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atienda vuestra merced ahora a su salud, que me parece que debe de estar demasadamente cansado, si acaso no está malferido.

—Ferido no —dijo don Quijote—, pero molido y quebrantado, no hay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido a palos con la rama de una encina, y todo por envidia, porque ve que yo solo soy el que se opone a sus valentías; pero no me llamaría yo Reinaldos de Montalbán, si levantándome de este lecho no hiciera que me lo pagase, a pesar de todos sus encanta-

mientos; y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que más me conviene, y quédese lo del vengarme aplazado y a mi cargo.

Así lo hicieron: le dieron de comer, y se quedó otra vez dormido, y ellos, admirados de su locura.

Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa, y debieron de arder algunos que merecían guardarse en perpetuos archivos; pero no lo permitió su suerte y la pereza del escrutinador, y así se cumplió en ellos el refrán de que a veces pagan justos por pecadores.

Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo fue que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, para que cuando se levantase no los hallase —quizá quitando la causa cesaría el efecto—, y que dijese que un encantador se los había llevado con el aposento y todo; y así fue hecho con mucha presteza. De allí a dos días se levantó don Quijote, y lo primero que hizo fue ir a ver sus libros; y como no hallaba el aposento donde los había dejado, andaba de un lado para otro buscándolo. Llegaba adonde solía tener la puerta, y la tentaba con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo, sin decir palabra; pero al cabo de un buen rato preguntó a su ama hacia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que tenía que responder, le dijo:

—¿Qué aposento o qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.

—No era diablo —replicó la sobrina—, sino un encantador que vino en una nube una noche, al día siguiente de que vuestra merced se fue de aquí, y apeándose de una sierpe en la que venía montado, entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que al poco rato salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno: sólo se nos acuerda muy bien a mí y al ama que cuando se estaba yendo aquel mal viejo dijo a voces que por la enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y aposento dejaba hecho en aquella casa el daño que después se vería. Dijo también que se llamaba el mago Muñatón.

—Frestón diría —dijo don Quijote.

—No sé —respondió el ama— si se llamaba Frestón o Fritón, sólo sé que su nombre acababa en tón.

—Así es. Ese es un mago encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que, andando los tiempos, he de venir a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece, y lo venceré sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; pero le auguro que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.

—¿Quién duda de eso? —dijo la sobrina—. ¿Pero quién le mete a vuestra merced, señor tío, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo pidiendo peras al olmo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven trasquilados?

—¡Ay, sobrina mía, y qué equivocada estás! Antes que a mí me trasquilen tendré peladas y quitadas las barbas a cuantos se les ocurra tocarme la punta de un solo cabello.

No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendía la cólera.

El caso es que estuvo quince días en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos; en esos días mantuvo graciosísimos coloquios con sus dos compadres, el cura y el barbero, a propósito de que él decía que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecía y otras concedía, porque si no empleaba esta treta, no se podía razonar con él.

En este tiempo mandó llamar don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien —si es que este título se le puede dar al que es pobre—, pero de muy poca sal en la mollera. Al final, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre aldeano decidió irse con él y servirle de escudero. Le decía entre otras cosas don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque alguna vez le podía suceder una aventura en que ganase, en un quítame allá esas pajas, alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador de ella. Con estas promesas y otras parecidas, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó a su mujer e hijos y se asentó como escudero de su vecino.

Se ocupó luego don Quijote de buscar dineros, y vendiendo una cosa, empeñando otra y malbaratándolas todas, juntó una razonable cantidad. Se proveyó asimismo de una rodela o escudo que

pidió prestada a un amigo suyo y, reparando su rota celada lo mejor que pudo, avisó a su escudero Sancho del día y la hora en que pensaba ponerse en camino, para que él se proveyera de lo que viese que le era más necesario. Sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí las llevaría, y que también pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba hecho a andar mucho a pie. A lo del asno puso algún reparo don Quijote, tratando de recordar si algún caballero andante había traído escudero montado asnalmente, y no le vino ninguno a la memoria; pero, con todo y con esto, decidió que lo llevase, con intención de proporcionarle más honrada caballería en cuanto hubiese ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Se proveyó de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado; hecho y cumplido todo eso, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del pueblo sin que nadie los viese; y caminaron tanto, que al amanecer estaban seguros de que no los hallarían aunque los buscasen.

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido. Acertó don Quijote a tomar la misma derrota y camino que había tomado en su primer viaje, que fue por el campo de Montiel, y por él caminaba con menos pesadumbre que la vez anterior, porque al ser tan temprano y herirles de soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza a su amo:

—Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que me tiene prometido de la ínsula, que yo la sabré gobernar, por grande que sea.

—Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer a sus escuderos gobernadores de las ínsulas o reinos que ganaban, y yo tengo resuelto que por mí no falte tan agradecida usanza, antes pienso aventajarles en ella: porque ellos algunas veces, y quizá la mayoría de ellas, esperaban a que sus escuderos fuesen viejos, y ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algún título de conde, o incluso de marqués, de algún valle o provincia de poco más o menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino que tuviese

otros anexos a él que viniesen de molde para coronarte rey de uno de ellos. Y no lo tengas por imposible, que cosas y casos acontecen a esos caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo.

—Según eso, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, Juana Gutiérrez, mi señora, vendría a ser reina, y mis hijos infantiles.

—Pues ¿quién lo duda?

—Yo lo dudo, porque tengo para mí que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Marigutiérrez. Sepa, señor, que como reina no vale dos maravillas; condesa le caerá mejor, y eso con Dios y ayuda.

—Encomiéndalo tú a Dios, Sancho, que Él dará lo que más le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas a contentar con menos que ser gobernador adelantado.

—No lo haré, señor mío, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.